



Ante el comienzo de la 5 sesión sinodal Seminario Metropolitano, 19 de noviembre de 2011

Queridos amigos y hermanos, con la sesión de hoy llegamos a la última de las asambleas sinodales que han compuesto la fase de clausura. Al mirar hacia atrás, vemos un camino largo que ha sido un camino compartido. La sinodalidad nos ha enseñado precisamente esa lección de verdadera vivencia eclesial: convocados por el Obispo, sucesor de los Apóstoles en una Iglesia particular, se dieron comienzo los trabajos sinodales, y en torno a cinco temáticas amplias y pertinentes los distintos grupos en toda la geografía diocesana profundizaron en las cuestiones que permitían poner nombre a los retos, orar a Dios para pedir luz, gracia y fortaleza, alumbrar los caminos por donde venía la respuesta, y con sencillez y empeño responsables ponerse manos a la obra en esta empresa.

Fueron muchas y valiosas las aportaciones primeras. Fueron también muchos y variados los participantes. El conjunto del Pueblo de Dios que peregrina en esta vieja historia astur desde hace tantos siglos, estaba representado en sus diferentes procedencias geográficas: desde las más rurales y alejadas, hasta las más pobladas y cosmopolitas; desde los más jóvenes en edad y audacia, hasta los más cargados en años y sabiduría; desde los laicos en sus distintas realidades profesionales, familiares, políticas y culturales, hasta los ministros ordenados como diáconos y sacerdotes y los consagrados en los diversos carismas. La llegada de un nuevo Arzobispo no supuso, tras el inevitable paréntesis de tiempo que todo cambio entraña, sino la ocasión para retomar los trabajos del Sínodo. Así se me hizo llegar como deseo y necesidad por este querido Pueblo de la Diócesis ovetense que el Señor me confiaba cuidar y dejarme cuidar por él.

En torno a los tres ejes que han marcado nuestras tres ponencias, nos hemos ido adentrando con una metodología propia según se marcaron en los estatutos sinodales inspirados en la Instrucción respectiva de la Santa Sede, nos hemos dado cita en estos sábados desde el día 1 de octubre que recomenzamos las labores en la fase final de nuestro Sínodo Diocesano.

Las luces y las sombras que emergen en la cultura actual, suponen un escenario en el que vivir nuestra fe, la fe de la Iglesia, anunciando a modo de luz la eterna Buena Noticia del Evangelio para esperanza de nuestro mundo desde el

Señor Resucitado, e individuando al mismo tiempo como denuncia las sombras que nos oscurecen. Todo ello constituye nuestro desafío y alienta nuestra confianza.

Entre las cosas que mayormente nos reclaman una atención pastoral por todo lo que ahí se entraña, está la familia y las diferentes variables que nos exigen discernimiento, valentía, fortaleza, caridad y esperanza en el anuncio de la fe. Porque es en la familia donde la vida nace, crece, busca su lugar en la sociedad y en la Iglesia. Una familia compuesta por el matrimonio entre hombre y mujer, abiertos a la vida, en fidelidad tierna y recíproca, todos los días en una ininterrumpida historia de amor, la que mejor refleja la imagen y semejanza del mismo Dios que no es solitariedad. Pero la vida tiene también amenazas y entredichos antes de nacer o cuando llega a su tramo extremo por ancianidad o grave enfermedad, y ahí debemos dar una batalla cultural y teológica aunque seamos incomprendidos y manipulados. Una vida que cumple años, y cuyos primeros pasos reclaman en los niños, los adolescentes y los jóvenes, una atención educativa y pastoral de primer orden, porque ellos serán los que guíen en el mañana cercano los destinos de la sociedad y de la Iglesia en las que estamos.

Finalmente, esa vida también tiene un tramo complejo y dilatado entre el momento del nacer y el del fenecer. La vida puede ser también amenazada por tantos entredichos que tienen que ver con los distintos rostros de pobreza que como indeseados zarpazos arañan y maltrechan la dignidad de las personas, su libertad, su situación laboral. ¡Cuántos rostros de pobreza antigua y pobreza nueva nos gritan a la comunidad cristiana un compromiso y un gesto de solidaridad por amor a Dios y por amor al hermano! El incómodo santo texto de Jesús en Mt 25 (venid a mi, benditos de mi Padre, porque tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo, enfermo o en la cárcel...) será siempre un reclamo en este tramo de la vida por tantos motivos amenazada por el egoísmo, la injusticia, por un mundo hecho sin Dios y por lo tanto contra el hombre (H. De Lubac).

De esto hablaremos hoy, en torno a las propuestas que el equipo de ponencia ha preparado tras su exposición, su debate en el aula y las sugerencias que han recibido en las distintas modalidades.

Queda ahora el momento de la celebración el próximo día 10, Santa Eulalia, patrona de nuestra Diócesis. Será en la iglesia madre, nuestra Catedral, donde estaremos todos citados para dar gracias y para pedir gracia también.

Allí se me entregarán los resultados de toda esta andadura, a través de las propuestas que aquí se han aprobado. Con ellas yo deberé hacer un documento final en torno a la nueva evangelización en la que estamos emplazados por el Santo Padre y toda la Iglesia universal en este momento tan rico y apasionante.

La pregunta sobre el “día después”, pasa por la publicación de todo cuanto hemos ido reflexionando, orando, discerniendo, compartiendo y señalando. Lógicamente, se debe plasmar en un texto que de modo sistemático y pedagógico, acierte a traducir este momento de gracia sinodal. No es lo mismo hacer un plan pastoral diocesano desde la elucubración del experto,

desde la pericia del teólogo, desde la ocurrencia del comentarista. Hemos hecho un trabajo sinodal en toda la expresión de la palabra. Este será el desenlace de nuestra desembocadura sinodal: un plan diocesano de pastoral.

✠ **Jesús Sanz Montes OFM**
Arzobispo de Oviedo